

ZOZOBRA

ELENA OLIVAS

La primera vez que viajé a la sierra Tarahumara fue el día en que me entregaron la orden de presentación para trabajar como maestra. Llegamos a San Juanito de madrugada, con unos compañeros que ya trabajaban allá, y otros que, como yo, apenas empezaríamos en ese ciclo.

Descansamos en el único hotel que había. Como a las tres de la tarde llegó uno de los maestros y con un vozarrón gritó: “La que va a Cajurichi”, y ésa era yo. El taconeo de los zapatos de mujer sobre los pisos de madera se oía más fuerte mientras mis compañeras me acompañaban a tomar el “raid” que me llevaría al lugar indicado.

Yo, como mujer, iba en la cabina junto al ayudante del chofer y dueño del vehículo tipo *pick up*, de los que aquí en el norte llamamos *trocas*. Atrás, en la caja de la camioneta y a la intemperie, iban dos de mis compañeros; uno que iría a Memelichi y el otro que sería mi director.

Eran días lluviosos y la troca avanzaba despacio en la curvada ruta. Se mecía hacia un lado y otro del angosto camino, y a los lados se veía la profundidad del precipicio. En ese trayecto tan peligroso, pero pletórico de bellos e impresionantes paisajes, transcurrió todo el día sin que pudiéramos llegar a nuestro destino.

Cayó la noche y el chofer decidió que descansaríamos un rato. Ellos se bajaron e hicieron una fogata. Yo, la única mujer, me quedé en la cabina del mueble. Sentí cierto temor, pero mi zozobra llegó al límite cuando, dadas las especiales circunstancias, sentí que mi periodo menstrual se adelantaba.

Conseguí por casualidad un poco de algodón y, con un papel, me protegí. Por fortuna, traía ropa interior en una bolsa. Escuché el ruido de agua que corría, no sabía si de un río o un arroyo, porque ya estaba oscuro, pero me bajé a lavar mi ropa interior. Al estarla enjuagando, escuché con claridad el aullido de los lobos. Me apresuré y subí de nuevo a la troca. Justo en el momento en que llegaban los que habían bajado.

Continuamos el camino, y ya cuando amanecía le pregunté al chofer:

—¿Ya mero llegamos?

—Ahí abajo se ve el pueblito —contestó.

—¡Ah, qué bueno!

Pero con el serpenteo del camino todavía tardamos como dos horas más en llegar.

Hicimos cerca de diecisiete horas de camino. En el pueblito nos recibió doña Luz, una amable viejecita que atendía a los maestros que llegaban. Llegué derecho al sanitario, que era de fosa séptica. Después sería el baño a jicarazos, y a tomar enseguida la realidad en las manos.

Me armaría de valor y disfrutaría con los compañeros el delicioso desayuno acompañado de unas enormes tortillas de harina, las más grandes que yo había visto.

Esta aventura me ayudó a madurar y a crecer, a entender que al estar uno lejos de su casa, se añoran y se valoran aun las cosas más cotidianas.

Centro de Derechos Humanos de las Mujeres, A.C.
Chihuahua, Chih.